

calle marsala



Quizás el mundo no siempre ha sido triste. Cuando decimos que hay una inercia en el habla, queremos decir que eso que se aprende de cachorro es difícil que se nos olvide. Lo mismo pasa en otros ámbitos. Por ejemplo: las muchachas usan el teléfono y no conocen su funcionamiento preciso.

Y ahora me estiro los dedos. Con esmero, me recorro el perfil de los huesos. ¿Quién puede privarme de estos ejercicios inocentes? Quizás más de uno podría quejarse. Pero muchos han dicho que era imposible estar de acuerdo con todos los vecinos a la vez. Y, ante esta situación, ¿no es lícito que escoja lo que más me convenga?

Y bien: es evidente que, si los árboles tiemblan, yo también tiemblo. Las aguas también tiemblan, cuando el sol las toca un momento, con insistencia. Las aguas no ofrecen demasiada oposición, porque tienen suficiente fuerza. Y el sol también tiene fuerza. En realidad, las puñaladas sólo se las pegan los hombres. Sí, los hombres se pegan puñaladas y caminan derechos y tienen que hacer grandes esfuerzos para no chocarse. Yo mismo sé lo que me cuesta no pegar un codazo. Las mujeres, en cambio, se pintan los labios. Y también caminan derechas. El color más favorecedor es el rojo, pese a la moda. Fijaos, pues, que la máxima tensión ocurre cuando se chocan un hombre derecho y una mujer pintada. Esta muda violencia es difícil de medir. Y aquí está nuestra incapacidad. Puede que los gusanos, los insectos, que andan más abajo, la perciban, pero nunca se lo podremos preguntar. Y ese hombre sentado en la roca y que ya ha lanzado el anzuelo, ¿queréis decir que no ayuda también a descargar un poco la tensión en la atmósfera? Yo diría que sí. Al menos, así lo querría: no podemos abusar de nuestra resistencia. Así, tenemos: el hombre, la mujer

y el pescador. También podríamos incluir una gaviota o una paloma. Esto aún lo distendería más y me quitaría responsabilidades superiores a las capacidades naturales. Esta paloma, esta gaviota, no saben el bien que me hacen: hacen que no gruña y quede desvaído por un momento. Sí, muy desvaído. Mantenerme así comporta un consuelo seguro. Y es a partir de aquí que puedo lanzarme a otras empresas, otras operaciones. Operaciones y empresas que tendrán, ya desde un comienzo, el cuño de las cosas logradas.

Hoy no podré salir a la calle: tengo miedo. Sé que llevo dos muelas de oro, muy bien puestas, por cierto. No sé si interesará que lo cuente, pero a mí me confortan mucho estas dos muelas de oro. Dos muelas de oro bien puestas. Ese dentista, de entrada, no parecía que me las tuviera que poner así. Y ya lo ves... Esto no sé si me ha alegrado o entristecido, quiero decir, esta incertidumbre. Por una parte, parecería mejor saber si un dentista pone bien o no las muelas. No dejarlo en manos de la eventualidad. Pero, por otra parte, está el glorioso atractivo del azar: tesis que no hace falta confirmar. Esto me lleva a pensar que siempre me he aplicado demasiado queriendo prever, codiciando garantías. Por tanto, me tengo que instruir así: si a las seis no tengo mujer, siempre podré pelármela. Una instrucción clara, tonificante. También esta otra: si no existe la colina del Turó de la Fosca, tendremos la del Turó dels Solcs. Cada vez más, las cosas se simplifican: si no hay esto, habrá esto otro, igualmente placentero y que producirá el cosquilleo justo en la garganta inervada. Y este cosquilleo es el eje del mundo, como decía aquel sabio fraile.

Y aquel sabio fraile bajaba de la colina, entre los pinos, a las ocho, cada domingo, para ir a decir misa. De hecho, no molestaba a nadie. Si se cruzaba con el porquero, lo saludaba, y seguía bajando hacia el villorrio. La señora del albéitar hubiera podido emperifollarse más, si hubiera querido, pero, para ir a misa, siempre lo hacía de una manera sensata, en armonía con las costumbres del lugar. Nunca salía corriendo. Los tiestos, los jarrones, eran o constituían un estímulo suplementario de orden, en su casa: los mantenía erguidos sobre pedestales góticos. La vecina de enfrente tenía un perro, pero se estaba quieto. Tumbado en el portal, sacaba la cola fuera. La señora del albéitar salía, el fraile llegaba. Ahora, todos estos hechos ya no están: han sido sustituidos por otros más difíciles de interpretar, como por ejemplo los diferentes estilos de guerrear.

¿Los estilos de guerra, habrán pasado de moda ya? Tengo entendido que antes eran diversas las modalidades. Antes existía la guerra. Hoy parece que también, pero se esconde. Puede que se disfrace y yo no la sepa reconocer. Aun así, puedo distinguir claramente, algunas mañanas, camiones llenos de hombres armados. Seguramente marchan hacia algún frente. Nunca los he podido seguir, porque tengo que subir al autobús que va en dirección contraria, o diferente al menos. Esta tarde compraré el periódico. Me da vergüenza. No debería hacerlo. No sé si podré hacerlo. Solo depende de mí en parte. ¡Hay tantos factores que me excusan y que no controlo!

Escribo con una máquina y tengo miedo de hacerme daño. Respiro hondo. Me cepillo los dientes. Los cabellos del lado derecho se me erizan. No pasa nada. No ha pasado nada.

El vientre me sigue temblando. No puedo solidarizarme con los vecinos, ahora. Puede que más tarde. Entre otras cosas, pienso en uno que quería dirigir una flota de taxis y formar un pequeño imperio en una ciudad neblinosa de poniente, y ahora tiene que vender nueces y avellanas en un comercio junto al mercado. Aunque no soy responsable de su desastre, me hace sufrir. ¿Cómo hará? ¿Podrá resistir? ¿Sabrá encajar las bromas de las señoras? ¿Sabrá, llegado el caso, clavarse esa pluma estilográfica que guarda de su tío? No, porque la perdió, una tarde, en la escollera. Quizás algún día la encuentren cuando abran el vientre de un pescado. No, tampoco, porque los peces, hoy, como saben que las plumas no han de ir a manos de ningún niño, ya no se las tragan. Que Dios lo ayude.

Me echo en la otomana. Oigo el rumor de la calle, apagado. Y lo agradezco, porque sé que el vecino de al lado tiene muchas lanzas de pie dentro de una habitación. Las mantiene untadas con aceite de primera calidad, a fin de que no se oxiden. Sus partidarios, dice, algún día las necesitarán. Creo que este vecino es un guerrero. No nos saludamos demasiado, y, cuando lo hacemos, cambiamos a menudo de idioma. Es evidente que tanto él como yo no nos queremos identificar. Seguramente tenemos suficientes motivos para justificar tal comportamiento. Tenemos cosas que ocultar. Sin embargo, él sabe que yo sé que él tiene esas lanzas y yo sé que él sabe que yo no tengo nada. Pienso que estos malentendidos se producen con demasiada asiduidad. Pero por ahora no veo ninguna salida. Es el mismo caso de los días en que los maridos de la escalera no pueden cumplir razonablemente su deber conyugal. Todos los rellanos se convierten en un nido de murmullos